

Ac. Esp. II-169

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LENGUA LITERARIA
Y
NORMA LINGÜÍSTICA

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 29 DE MAYO
DE 1960, EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA, POR EL

EXCMO. SR. DON SALVADOR FERNÁNDEZ RAMÍREZ

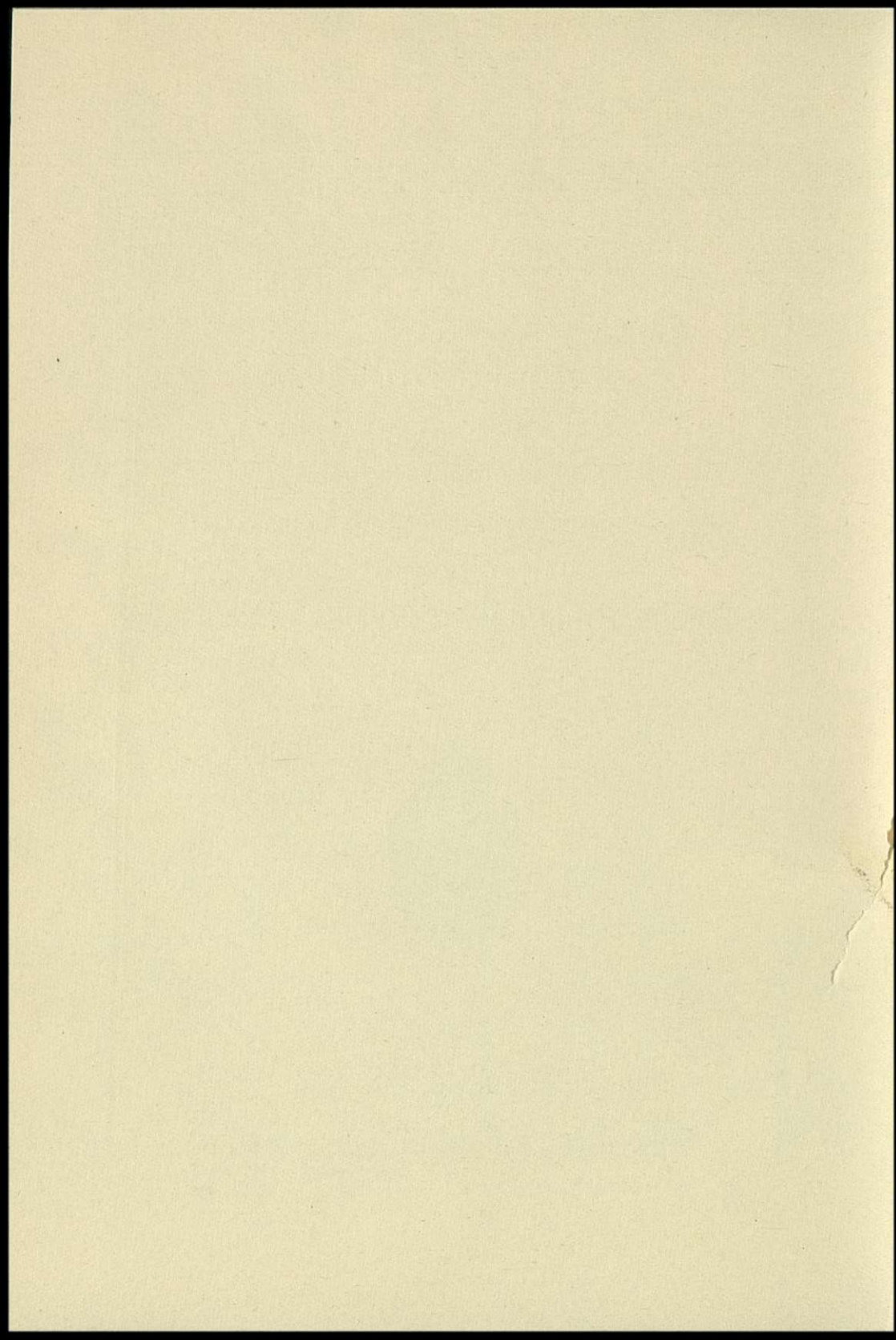
Y CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR. DON JOSÉ MARÍA PEMÁN Y PEMARTÍN

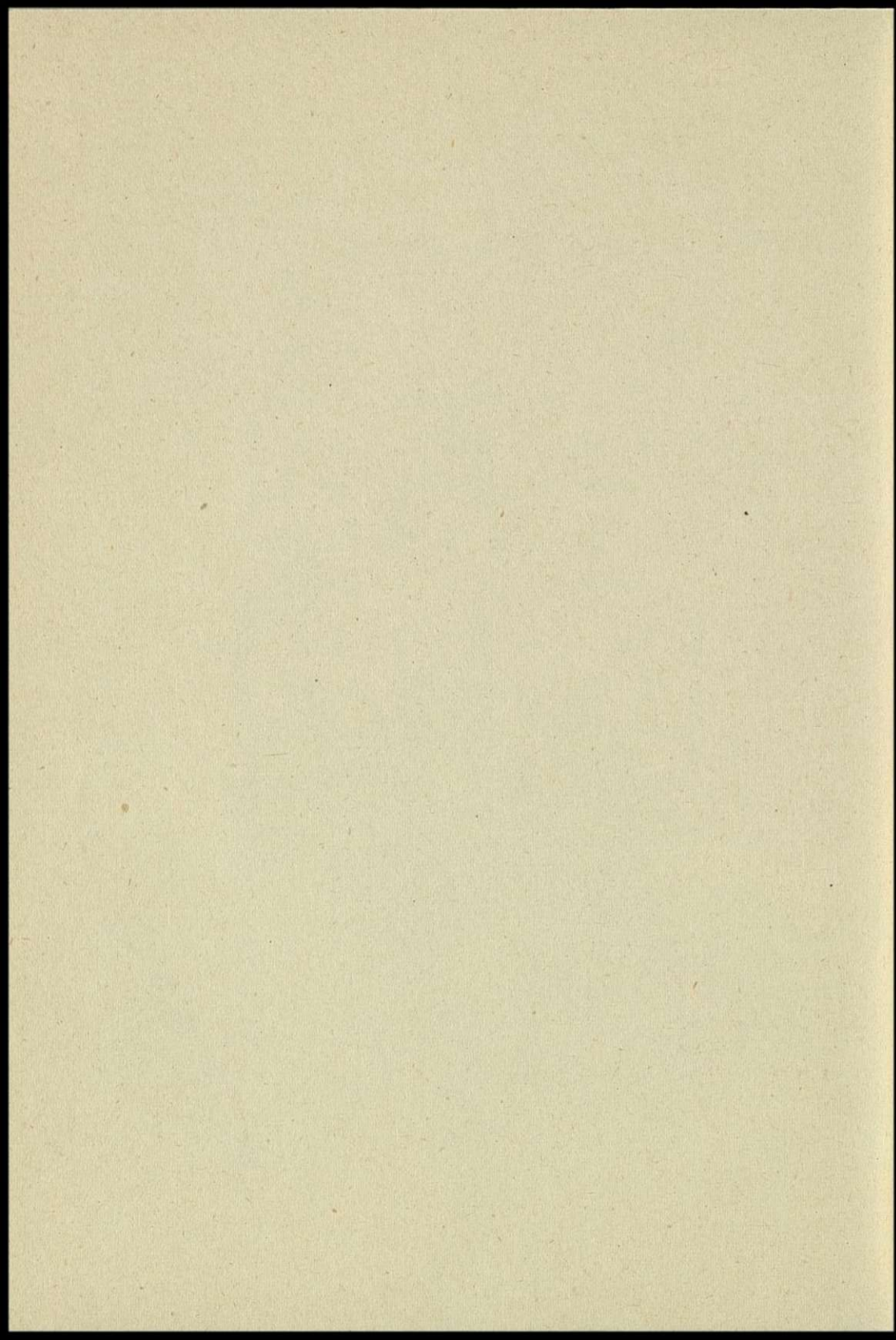


MADRID

1960

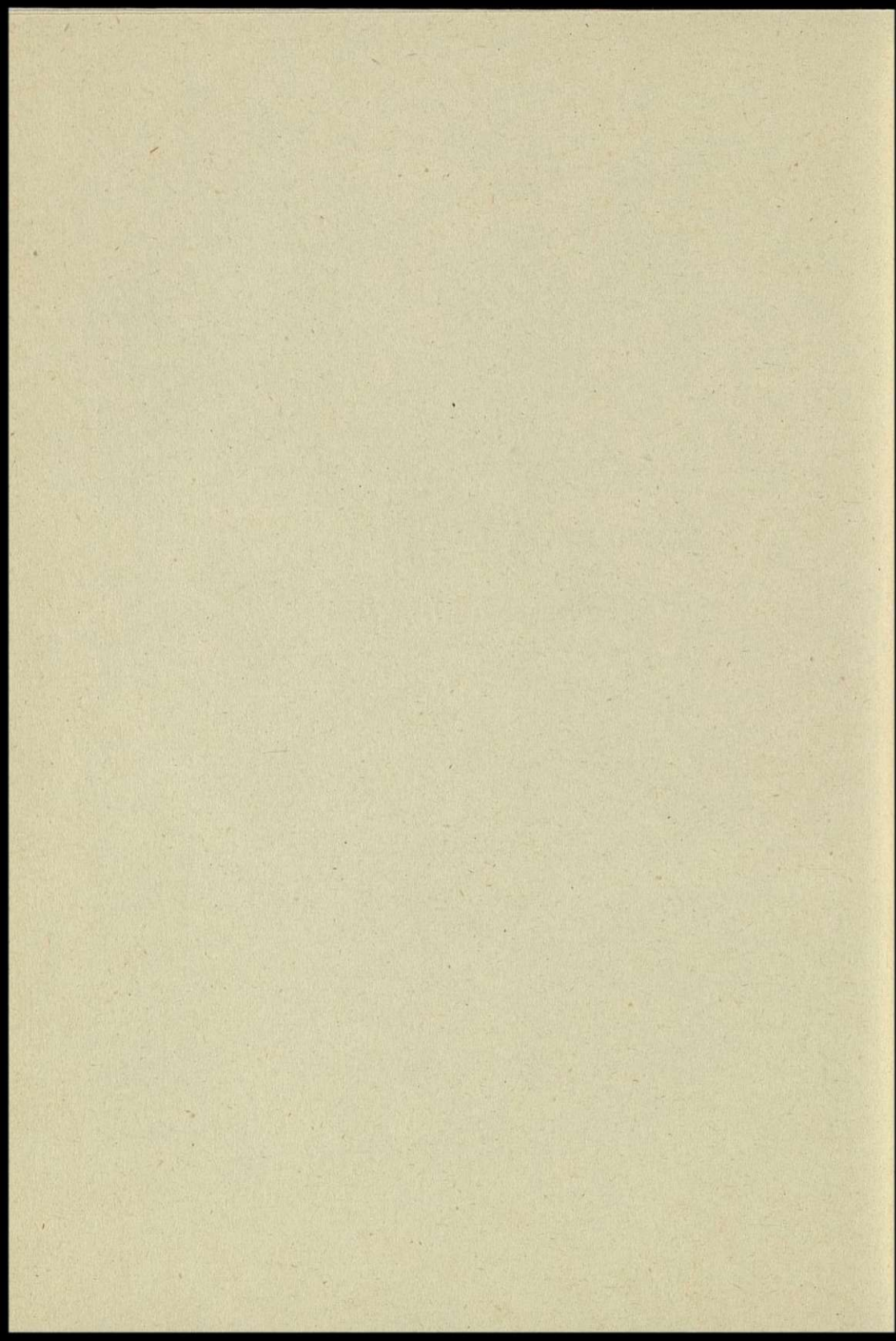


R. 11. 562



LENGUA LITERARIA
Y
NORMA LINGÜÍSTICA





REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LENGUA LITERARIA
Y
NORMA LINGÜÍSTICA

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 29 DE MAYO
DE 1960, EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA, POR EL

EXCMO. SR. DON SALVADOR FERNÁNDEZ RAMÍREZ

Y CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR. DON JOSÉ MARÍA PEMÁN Y PEMARTÍN



MADRID

1960



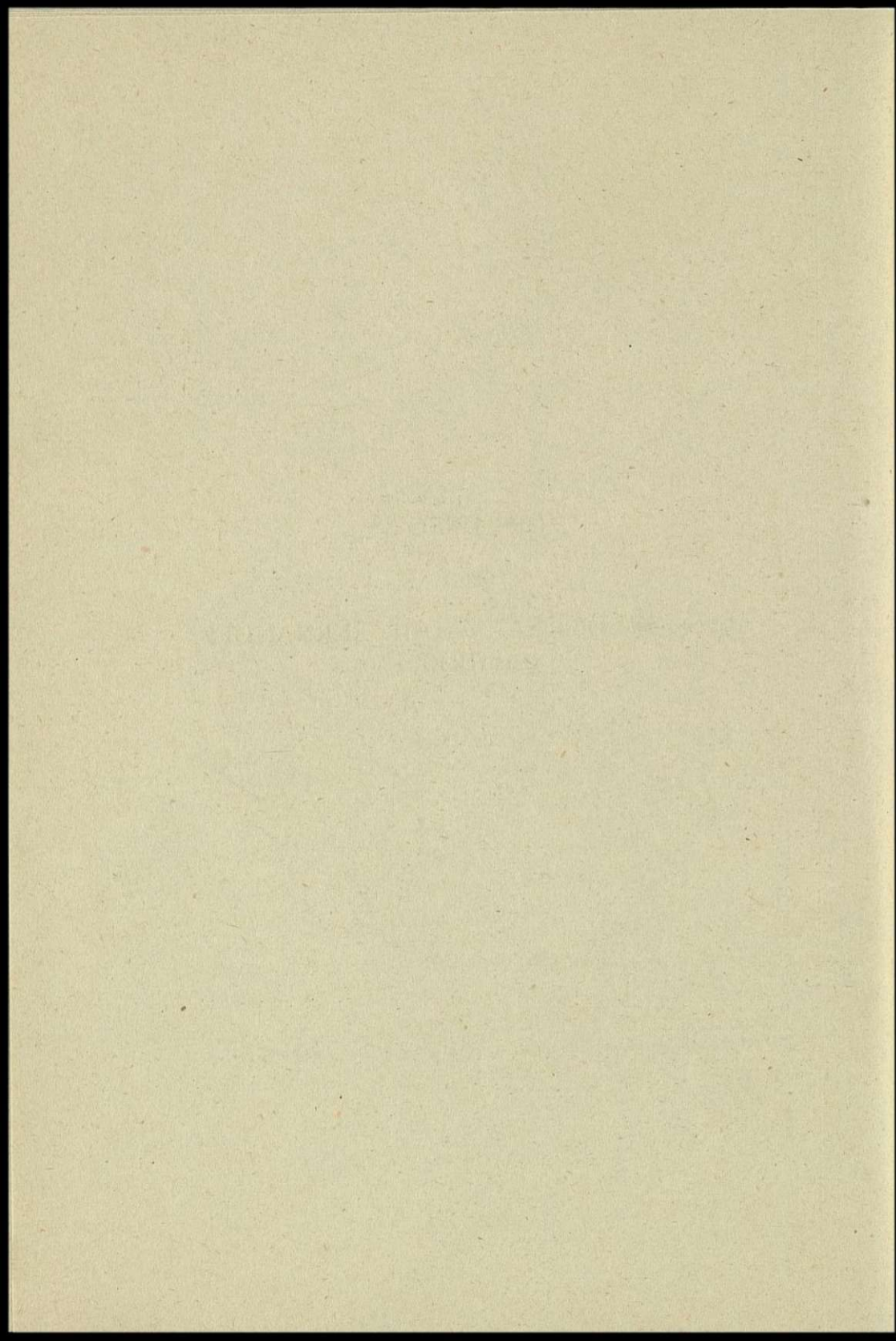
Depósito legal: M. 5.643.-1960

S. AGUIRRE TORRE. - GENERAL ÁLVAREZ DE CASTRO, 38. - TELÉF. 23 03 66. - MADRID

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. DON SALVADOR FERNÁNDEZ
RAMÍREZ



SEÑORES ACADÉMICOS:

EN la vida del trabajo, las sorpresas son casi milagros. Durante mis primeros estudios fui la esperanza de algún matemático ilustre y después, girando quizá por el mismo camino, acabé apasionándome por la lengua tanto como por un teorema. Al verme colocado en este lugar, mi asombro y mi agradecimiento son iguales. Todos los que me conocen saben que no esperaba este acontecimiento que para un hombre poco comunicativo es como sentirse arrojado por el precipicio, precipicio celestial, pero precipicio. Esta casa y ese museo vecino con su arquitectura llena de sentido y dignidad pasmaron mi niñez y mi juventud. Tantas vueltas y revueltas inconscientes de habitante de sus alrededores tienen hoy significación de profecía.

No puedo hablar de existencias paralelas porque, como esos trenes de la costa que se acercan y se alejan del mar, en el itinerario de las ideas me he acercado y me he alejado de vosotros según el humor de los años. El campo de las ciencias del lenguaje es tan movedido que uno se mueve sin querer. Mi columpio me ha puesto unas veces delante, otras detrás. Hoy temo estar fuera de la raya. Por eso vuestra llamada es oportuna y trataré de hacer honor a la tradición liberal de esta casa, de la que decía Menéndez

Pelayo: "Pocas Instituciones ha habido menos académicas que la Academia Española".

El hombre de letras que cultiva varios géneros literarios o que los cultiva todos es un producto del Renacimiento. ¿Cuáles son las razones que lo motivan? Siempre me ha producido inquietud ese ser difícilmente clasificable, esa criatura migratoria que se pasea por la literatura, llena de una ansiedad infinita que no encuentra sosiego en ningún paisaje. Cuando ese hombre, además de peregrino de las letras, es peregrino de las tierras, como lo fue Agustín de Foxá, crece el asombro, y la curiosidad por inquirir el misterio no se sacia tan fácilmente. Pero Agustín de Foxá no fue una persona concentrada que huye de las cosas y de sí mismo. Por el testimonio que nos han dejado sus obras, se vertía al exterior. Poseía una apetencia de realidad como la de un pintor y sus pensamientos no flotaban en la nebulosa de su conciencia, sino que se complacía en prodigarlos. Amaba la compañía de aquellos que suscitan el diálogo, como amaba la proximidad del color y de la fragancia. Los que fueron sus amigos hablan de sus rasgos de ingenio como de un género más, hoy conocido por tradición oral, que es la mayor fidelidad a su creador. La curiosidad por los hombres y por las cosas y la prontitud de su flecha epigramática, que era la respuesta suya al universo, tal vez expliquen algún día la verdadera realidad literaria de Foxá, demasiado próxima a nosotros. Foxá vivió malos tiempos, en los años en que tras del aprendizaje viene la madurez intelectual. Hubiera debido no asistir, en esos momentos, a la más grave crisis moral del mundo, y menos contemplarla desde todos los ángulos del planeta. Yo veo a Foxá como a un niño que viste la ropa de los mayores porque se le ha quedado estrecho el mundo infantil. Su mirada pasaba por encima de lo ma-

lético y se fijaba con avidez en las cosas hermosas. Una mirada melancólica impregnada de inocencia, pero también de nostalgia, se adivina en su poema "El Retiro" y "El coche de caballos", también de compasión por la nostalgia de otros en su poesía "Un niño provinciano" y en "Las seis muchachas tras del mirador". Nostalgia también por los trenes de Ávila o Soria que componían "la alegría inicial de sus veranos con equipaje ingenuo de cometas". Nostalgia de cosas intactas y nuevas, como en su poema "América", donde siente celos de la luna que conoce el continente desde muchos años antes que nosotros.

Releyendo sus crónicas trepidantes imaginamos lo que hubiera hecho Foxá arrastrando por el mundo un séquito de inteligentes "cameramen". Él prefirió enriquecer su repertorio bibliográfico, en lo que todos, hasta los enamorados del cine, le damos la razón. Agustín de Foxá ensayó también el teatro poético. Y no se interprete como nota desfavorable y menos en la escena esto del ensayar. Todo escritor auténtico ensaya, como el sabio, y vive en continua experimentación. Pero la suerte del teatro poético no está en las manos de un hombre solo porque se trata, en nuestros tiempos y en todas partes, de un vasto experimento. No es poco planteárselo como problema, medir las dificultades de la empresa y embarcarse en ella, que es lo que hizo con denuedo Agustín de Foxá. Muchos y bellos materiales líricos hay en ese teatro, que por su intención y su temática se acercan tanto a sus poemas. Pero sin duda lo mejor de todo es lo que constituye verdadera sustancia dramática, el diálogo, que surge siempre con viveza, con naturalidad, con esa chispeante dialéctica de nuestro buen teatro.

Como otros españoles de su generación Agustín de Foxá abordó la novela histórica. Frente a las otras modalidades de la novela histórica, la cultivada por la genera-

ción de Foxá tenía el aliciente de ofrecérsenos como testimonio directo de unos cuantos años de vida española. Que esta novela floreciese entonces entre nosotros, como había de florecer más tarde en otros países sometidos a experiencias históricas no menos duras, prueba que nuestra conciencia literaria estuvo a la altura de su tiempo. Foxá debe ser considerado como jefe de escuela, no sólo por haberse anticipado a los demás, sino por haber trazado con firmeza los rasgos del género que inauguraba.

Y llego al punto más delicado de mi disertación, porque tengo que hacer lo que hubiera hecho mejor que yo el Conde de Foxá, que es trazar la figura humana y literaria de su antecesor Don Agustín González de Amezúa, al que tampoco conocí y del que sólo conservo en mis recuerdos impresiones visuales. Por un curioso azar del destino, Don Agustín González de Amezúa vino a sentarse entre vosotros, sin más interposición que la de Don Eduardo Benot, en el mismo sillón que había ocupado su tío abuelo Don Cándido Nocedal, padre de Don Ramón Nocedal Romea, cuya biblioteca heredó Don Agustín y cuyos discursos publicó, porque era su destino vivir entre libros y para los libros.

Amezúa proclamaba su filiación intelectual y se reconocía discípulo de Menéndez Pelayo, aunque aseguraba, con modestia, que fue el último discípulo en el tiempo y en el aprovechamiento. Pero resultó uno de los más laboriosos y fecundos. Alguno de sus trabajos, como el que dedicó a Isabel de Valois, desarrollado en seis gruesos volúmenes, pueden ofrecerse como prueba de su vocación de historiador. Pocas obras se han escrito con más sentido de la veracidad histórica. Buscó escrupulosamente el dato y manejó todos los hilos de la vida española que se cruzan en la existencia de aquella figura de mujer y de Reina delicada y atrayente. En las manos de Amezúa la bio-

grafía de la Reina Isabel acabó convirtiéndose en una historia de ocho años del reinado de Felipe II, una historia que tiene como centro la vida privada de la corte, sus recámaras íntimas. Sobre historia y crítica literarias Amezúa publicó numerosos trabajos y fueron muy variados los temas, los escritores, las épocas y los géneros que solicitaron su curiosidad. Pero en ninguna de sus tareas puso tanto afán como en la de iluminar la vida y la obra de Lope de Vega, en la que se acreditó como notable lopista. Gracias a su esfuerzo y a la buena elección de la Academia, que confió a sus manos esta empresa, podemos hoy ver reunido en una espléndida colección el epistolario del poeta al Duque de Sesa, hasta entonces inédito o inaccesible en su mayor parte. Esta obra importante hizo posible puntualizar muchos extremos de la vida de Lope de Vega, de lo que se encargó el mismo colector, y al mismo tiempo nos proporciona un material muy rico para conocer lo que fue la lengua familiar en la época del poeta, material lingüístico que como afirma González Amezúa, no tiene otro par en la historia de la literatura española que el epistolario de Santa Teresa. González Amezúa escudriñó en todos los ambientes de la sociedad española, desde los más egregios hasta los más humildes. Sus páginas están llenas de cosas imprevistas y revelaciones históricas, como cuando nos introduce en lo que él llamaba el Parlamento Largo y nos revela, con las mismas palabras del Monarca, el propósito íntimo de Felipe II al convocarlo, que era, sangrante aún el descalabro de la Armada Invencible, "volver sobre ello".

Pero el tiempo nos apremia y tengo que entrar en el tema de mi discurso, que es la norma lingüística.

La expresión *norma lingüística* cubre varios conceptos. Si consideramos una lengua determinada como

realidad objetiva, en su constitución interna, norma equivale entonces a ley constitutiva y funcional y lo que se aparta de ella será ilegalidad, anormalidad o enormidad. Más frecuentemente empleamos la palabra ley o leyes. Si consideramos la lengua en una relación estimativa y nos situamos ante la posibilidad de elegir, como de hecho suele darse, entre usos cultos o populares, entre esta o aquella modalidad lingüística, entonces norma es equivalente de arquetipo, dechado, modelo y lo que de ella se aparta será plebeyismo, cultismo, vulgarismo, etc. Por último, norma se entiende también como regla, como precepto o como conjunto de reglas, orientadas en el sentido del arquetipo o de la ley, o dictadas muchas veces por el capricho y menos veces por la sensatez. Las tres clases de conceptos en que se divide la norma contienen un dato común: el de constituir estímulos que obran sobre la voluntad. Pero el grado de participación de la voluntad varía notablemente, desde la plena adhesión a la resistencia más obstinada. En la conducta del que habla hay que analizar otro dato: la intencionalidad, el grado de inconsciencia o de consciencia con que obedece a los principios normativos. Todos estos principios actúan de la manera más variada en los individuos. Para el adulto que aprende una lengua extranjera, no hay más que reglamentación, apenas sabe nada del arquetipo y su voluntad y su intencionalidad trabajan con la intensidad máxima. Para el escritor tiene más importancia este o el otro ideal de lengua, la reglamentación no existe ni las leyes internas. El niño que aprende la lengua de sus padres se halla en el estado más elemental de vigilancia, aunque actúa enérgicamente sobre las leyes internas y crea su gramática. Para el gramático no suele haber más que leyes y leyes. El preceptista no sabe más que de reglamentación y muy poco de lo demás, etc.

La norma como modelo es una fuerza que actúa en

casi todas las operaciones del hablar y del escribir. Nosotros la obedecemos de una manera más o menos calculada y consciente. En dónde se halla es otra cuestión. También la lengua está y no está. Según los lingüistas, en cada uno de nosotros se aloja una porción diferente de ese gran patrimonio. Pero no es casi nunca esa porción la que nos quita el sueño, sino la que no está en nosotros ni llegará a estar nunca. Procedemos, pues, por imitación. La imitación, dicen también los lingüistas, es el gran fiel en la estabilidad de las lenguas y la gran palanca en el proceso de su renovación. Y hasta cuando rechazamos, imitamos. Imitamos entonces el modelo ideal. ¿Quién no lo ha elaborado mentalmente? ¿O quién no lo ha tenido delante alguna vez, aunque no sepa señalarlo con el dedo? Todo en la lengua es un proceso incesante de atracciones y repulsiones, de las que en el peor o en el mejor de los casos no nos damos cuenta. No nos damos cuenta muchas veces ni siquiera cuando la imitación se convierte en un refinamiento. Refiere Proust que Maurice Barrés tomó su manera de hablar de un viejo compañero suyo que tuvo gran ascendiente sobre él y al que imitaba sin quererlo y sin advertirlo. De donde resulta que la imitación es acaso el camino hacia la originalidad y que donde no hay imitación hay plagio.

La disposición de los hombres es muy diferente, por lo que se refiere a las leyes y a los preceptos, las otras dos modalidades de la norma lingüística, y si un cuerpo legislativo decretase su abolición, de seguro que nadie lo lamentaría demasiado. Mientras eso no ocurra, habrá que padecerlas o evitarlas o declararlas guerra sin cuartel. En eso de combatir las, nadie nos ha ido a la mano a los españoles en los últimos tiempos. "Una lengua —decía Unamuno— no vive sino gracias a la heterología", que es tanto como decir herejía. Baroja, por su parte, se ex-

presaba así: “La manera de escribir anárquica no tiene reglas”, que es, como vemos, lo que él practicaba, pues alguien menos barojiano que Baroja hubiera dicho “la manera anárquica de escribir” mejor que “la manera de escribir anárquica”, por temor al equívoco. En ese punto Ortega y Gasset se expresaba con cautela y decía que el escribir consistía en hacer “pequeñas erosiones a la Gramática”. Yo creo que Ortega era aquí víctima de un error. Si se refería a atentados suyos personales contra las leyes internas de la lengua, yo creo que no los cometió o los cometió muy pocas veces. Las observaba de una manera *rigorosa*, como él decía, discrepando en esto de Juan de Valdés, que prefería decir *rigurosa*, pero no de otros escritores de tan buena nota como Valdés y como Ortega. Ortega —dicho sea de pasada— poseía una conciencia histórica nada común en materia de lengua. Escribía *Meditaciones del Quijote* y no *Meditaciones sobre el Quijote*, que no es tan bueno como lo otro. De la misma manera que Cervantes escribía *Viaje del Parnaso* mejor que *Viaje al Parnaso* o que *Proceso a Rusia*, como se escribe por ahí. Alguien objetará que todo esto es letra muerta. Pero se equivoca si piensa que Ortega procedía por imitación de la letra. No hay tal cosa. Lo que ocurre es que dentro de las lenguas se superponen a veces dos o más sistemas. Estos desajustes son los que tratan de arreglar los preceptistas. Pero mientras exista opción, no hay piezas inútiles. El instinto del escritor le guía por uno u otro camino y si el instinto es bueno, adopta lo más conforme a la estructura de la lengua que habla. Lo más conforme, en este y otros casos análogos, es unir los dos nombres mediante la preposición *de*. Haríamos mal en erigir esta particularidad en precepto, porque ¿quién se opone al proceso arrollador del lenguaje? Pero haríamos mal también en no dar un prudente aviso, para los más avisados y por lo que pu-

diera ocurrir. También escribía Ortega, por ejemplo: "Y aquella forma sería opima que hiciera posible estas dos cosas", con una correlación idéntica a la que emplea Boscán cuando dice: "Aquel hablar es mejor que se parece con el mejor escribir". Se equivocaría también quien pensara que este giro, hoy ciertamente insólito, lo transcribía Ortega de una manera literal o para dar a su estilo un sabor más rancio, como hubiera podido hacerlo Ricardo León o el Padre Mir. Lo que pasa es que ese giro además de español es latino. La lengua culta no ha renegado nunca de su casta latina y si la fórmula a la que se intenta dar nueva vida tiene su traslado en nuestro viejo patrimonio, no hay más que pedir.

Yo creo que el término de erosión gramatical lo maneja Ortega irónicamente apuntando a casos como los que acabo de señalar. Por otra parte, no quiero decir que Ortega no tuviera arrojo literario bastante para arremeter contra las leyes del idioma y destruirlas. Me parece más bien que la libertad de que hacía uso Ortega era de otra naturaleza. En el orden estrictamente gramatical nuestra libertad es muy escasa, casi nula. Y conviene ponerlo en claro para desembarazarnos de preocupaciones inútiles. Nadie nos impide, sin duda, hacer fuerza al lenguaje y hasta fabricarnos para nuestro uso un código particular. Pero sería algo así como escribir en el agua, porque nada de eso, por bien elaborado e inteligente que nos parezca, alterará en ningún sentido el curso de la historia. La lengua seguirá siendo lo que era o avanzará por sus propios e ignorados caminos. Una libertad que no conduce a nada es una libertad ilusoria y tiene muy poco de libertad. Y un escritor que vulnerase las leyes con plena conciencia de que las vulnera y por el solo placer de vulnerarlas realizaría una acción quimérica. Lo más cierto es que en el terreno propio de la ley, al escritor no le queda apenas

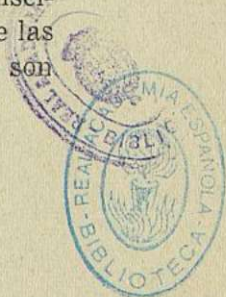
libertad, como no sea la libertad de creer que obra libremente.

“Las variaciones del lenguaje —dice el lingüista norteamericano Eduardo Sapir— no son en sí mismas sino fenómenos del azar, como las olas del océano, que van y vienen sin propósito alguno... La mutación de una lengua consiste en la selección de aquellas variaciones individuales que siguen determinada dirección, y esa selección es algo que llevan a cabo *de manera inconsciente* los hablantes.” Como vemos, las variaciones que atañen a la estructura fundamental se producen de una manera inconsciente y no gracias a los arañazos premeditados de unos y otros. Esta doctrina la veremos corroborada en las palabras de un lingüista europeo. Decía Antoine Meillet en 1918, tres años antes que su colega norteamericano: “En las partes sistemáticas del lenguaje... es a saber, en la fonética y sobre todo en la gramática, la inventiva individual no puede hacer casi nada, como puede comprenderse fácilmente si observamos el hecho, con el que todo el mundo está familiarizado, de que articulamos los sonidos y hacemos uso de las formas gramaticales sin tener conciencia de los procedimientos que empleamos.” Y agregaba, coincidiendo casi literalmente con Sapir: “Lo importante son las fuerzas que determinan los cambios. Y esas fuerzas actúan sobre la colectividad de las personas que hablan una misma lengua. Y por el hecho de que se encuentran en las mismas condiciones y están sometidas a las mismas acciones es por lo que los hablantes dan acogida a unas mismas innovaciones.” Escuchemos, por último, a un gran romanista europeo que ha aplicado a su perfeccionada técnica ideas lingüísticas tradicionales y modernas y que ha llegado así a una especie de sabio eclecticismo: “El habla concreta individual —dice Walter von Wartburg— puede retocar o modificar aquí y allá el conte-

nido de la lengua. Sin embargo, la contribución del individuo en este punto es insignificante. Incluso los grandes innovadores del lenguaje lo enriquecieron en un reducido número de expresiones."

La ley, por lo visto, es inexorable. En cuanto a las transgresiones involuntarias, algunas de ellas pueden muy bien correr paralelas a las tendencias que gobiernan la mutación. Pero en general se producen desde fuera de la lengua, carecen realmente del carácter de transgresión. La transgresión supone que el que la realiza se halla dentro de un sistema de principios vigentes. Si nos hallamos fuera de él, como el estudiante que se ejercita en una lengua extranjera, no comete una transgresión, sino una falta. Cuando estas faltas se cometen contra la ley del propio idioma, entonces diríamos que el que las perpetra se halla disfrutando un estatuto lingüístico especial, se encuentra en situación de forajido, foráneo o albarráneo. La conocida dubitación de Don Pío Baroja: "en zapatillas, de zapatillas, con zapatillas" es un buen ejemplo de situación foránea. Cuando Miró se empeña, sobre todo en sus primeros escritos, en emplear las formas enclíticas pronominales detrás de conjunciones y relativos y dice: "La espada se hincó en la boca de un pretoriano *que derribóse en la muralla*", Miró es también en ese momento foráneo de la lengua española.

No es humillante ni desconsoladora para nosotros la visión de la ciencia, sino más bien confortadora. En primer lugar nos libera de una ilusión falaz. En segundo lugar nos ayuda a comprender que hemos de concentrarnos y disciplinarnos en el estudio de la lengua tal como es, lo que representa una economía de esfuerzo. Por otra parte debemos pensar que no se trata de un género de disciplina inflexible. En la cuadrícula de las categorías y de las formas, como en un tablero de ajedrez, las jugadas son



infinitas y siempre imprevisibles. Ese juego constituye el verdadero campo de nuestra libertad idiomática. A nada se parece más ese juego, por sus posibilidades, que a las sustituciones, combinaciones y permutaciones del cálculo combinatorio. Un cálculo combinatorio, el del lenguaje, de orden superior, dada la variedad de piezas, elementos y categorías que entran en él. Ese juego lo permite todo: la simplificación, la complicación, la variedad, la monotonía, la prosa y el verso. Permite también el absurdo, como se encarga de recordarnos Husserl.

La teoría del absurdo de Husserl es muy halagüeña, porque nos descubre las provincias de la ultralibertad, el plus ultra, sin que tengamos que apartarnos de la estricta legalidad. Nos hace ver a qué felices costas podemos arribar sin apartarnos de las leyes del idioma, caminos peligrosos, países muchas veces sin retorno, pero efectivos, reales, no simplemente imaginarios, como los que se jactan de frecuentar los debeladores de la lengua. En sus investigaciones sobre la significación de los enunciados lingüísticos y al llegar a los enunciados que no tienen sentido hace Husserl una importante discriminación. Distingue en esta clase de enunciados el contrasentido y el sin sentido. Cuando decimos *cuadrado redondo*, *noche soleada* o *superficie profunda* hacemos enunciados contra sentido. Decimos algo absurdo, pero un absurdo que se halla de acuerdo con los principios formales de la lengua. Hablando así, hemos ordenado una serie de elementos gramaticales entre los que existe compatibilidad legal, hemos empleado una forma gramatical. Si ahora decimos *caballo sin del aunque* o *Don calzas de las Gil verdes* hacemos un enunciado no contra sentido sino sin sentido. Este enunciado no se halla de acuerdo con los principios formales. Con él hemos ordenado una serie de elementos entre los que no existe compatibilidad legal. Hay que decir que un enun-

ciado absurdo no es necesariamente un enunciado desprovisto de significación, como advierte el mismo Husserl. Es un enunciado que no halla su cumplimiento en la evidencia inmediata, como les pasa por otras razones a muchos de los enunciados de las matemáticas o de las disciplinas filosóficas. Pues bien, si la lengua, según la sutil indagación de Edmundo Husserl, sólo nos impone la compatibilidad legal, resulta que rescatamos para la lengua o tomamos posesión en su nombre del reino del absurdo. Ciertamente que una conquista semejante ya la habían hecho los hombres desde que existe la palabra, y si hubiéramos de dar fe a las modernas investigaciones acerca del lenguaje formal y a los resultados a que llegan los secuaces de Russell y de Wittgenstein, la lengua que utilizamos todos sería algo carente de rigor y por consiguiente de sentido, sería el absurdo absoluto. Pero como estas modernas investigaciones no entablan acción ninguna contra la lengua ni pretenden nada de nosotros, podemos continuar manejando tranquilamente nuestro concepto vulgar del absurdo y del sentido común.

Los poetas han sido siempre los más asiduos tributarios del absurdo y del contrasentido. El enunciado absurdo de la poesía se halla montado sobre una clase particular de certidumbre. Presupone una serie de correlaciones que no son las ordinarias de nuestro discurrir lógico, pragmático o volitivo. Todo ello conduce a los poetas, sin ellos proponérselo, a cierta desorbitación idiomática. Proseguida más allá de ciertos límites, amenaza con destruir la coherencia formal. He aquí por qué los poetas resultan ser los más fieles observantes de la legalidad. Se someten a un principio que podríamos llamar principio de la *verosimilitud idiomática*. Incluso cuando van demasiado lejos, su táctica, como dice Cocteau, es ver hasta dónde pueden ir demasiado lejos. Quieren ver dónde está

la línea de resistencia. Mirada a esta luz, la lengua de Góngora resulta una de las pruebas más atrevidas a que han sido sometidas las leyes internas, saliendo siempre intactas de la prueba, como creo yo que demostró hace mucho tiempo Dámaso Alonso. Si me he detenido en el absurdo ha sido para hacer ver cómo en él siguen imperando las leyes formales. Diríamos que la observancia de la legalidad crece allí en la misma proporción que la libertad. Proposición con la cual es posible que no estén de acuerdo los poetas que me escuchan. Pero yo, en nombre de la lengua y en nombre también de los poetas, protesto contra el código que ha solido regir para la poesía a lo largo de los siglos, monstruoso engendro de preceptistas y retóricos: el código del artificio y de la licencia.

Pero vengamos un momento a las reglas, que es otra de las modalidades de la norma lingüística. A propósito de la fórmula "Viaje del Parnaso" veíamos cómo el proceso de mutación produce pequeños desajustes, pequeños conflictos entre dos o más sistemas. El uso especializa en muchos casos una de las formas en pugna, le asigna una determinada significación o una determinada intención expresiva y el conflicto se resuelve en avenencia. En otros la colisión entre las formas penetra en el foco de las estimaciones estéticas, sociales o literarias, teñimos a las unas o a las otras de un determinado color y vamos así preparando las soluciones definitivas. En otros casos, que son los más frecuentes, apenas si tenemos conciencia de que existe el conflicto y procedemos con natural indiferencia en el empleo de las unas o de las otras. Esto último ocurre con el *le* y el *lo*, con *pensara* o *pensase*, con *debo saber* o *debo de saber*, etc. Las conciencias más escrupulosas, ante las dos últimas clases de conflictos, no es raro que experimenten el desasosiego de la duda. Las menos rigurosas en materia de lenguaje no se hacen de esto un

problema y obran a la buena de Dios. A la primera clase de personas pertenece un gremio particular de hombres, los preceptistas, y de sus preceptos suelen estar atiborradas las gramáticas y otros libros de amena erudición. Nada hay que decir contra ellos ni contra sus preceptos, porque se trata en términos generales de personas de buena voluntad, amantes de la claridad y del orden. Que su esfuerzo meritorio se traduzca en acción efectiva sobre el lenguaje y sobre los usuarios del lenguaje es otra cuestión. Algunas veces, es muy cierto, se ha dado en la historia y en el seno de determinados círculos literarios una docilidad ejemplar para acatar las reglas. La lengua francesa, sin ir más lejos, ha estado sometida a una disciplina semejante, con un tratamiento que podríamos llamar intenso y con aplauso unánime durante el período que va desde Ménage hasta d'Oliver, cerca de un siglo, por lo tanto. Es curioso oír lo que acerca de esas reglas nos cuenta el antecesor de Meillet en la Cátedra del Colegio de Francia, Michel Bréal: "Esos buenos señores que se llamaban Du Perron, Malherbe, La Mothe Le Vayer, Vaugelas, Chapelain, Bruhours no eran eruditos de profesión, sino en su mayor parte personas cultas a quienes un gusto natural había llevado a ocuparse de problemas y dificultades de la lengua francesa. A lo que miraban, sobre todo, era a la pureza de la lengua, lo cual significaba, por una parte, claridad, y por otra parte, decoro. Buscaban las reglas, y en caso preciso, las inventaban. Eran *hermosas reglas*. Vaugelas declara que ha encontrado *mil bellas reglas* en los escritos de La Mothe Le Vayer. Yo debo esta regla, dice en otra parte, a un amigo mío que la aprendió de M. de Malherbe, al cual corresponde el honor del hallazgo."

Yo no sé si ese milagro volverá a repetirse en la historia. Por lo que hace a nosotros los españoles, me temo

que nunca lleguemos a encontrarnos en disposición tan favorable como nuestros vecinos del gran siglo. No es que falte entre nosotros la preocupación por las cosas del lenguaje. Ha existido siempre, y en los últimos años, como hemos visto ya, la sensibilidad de nuestros escritores se manifestó con un grado de hiperestesia que lindaba con lo enfermizo. Pero su preocupación fue más bien de signo negativo y nada favorable a los preceptistas. Sólo de cuando en cuando nos es posible dar entre nosotros con un testimonio de la disposición contraria y sólo por su rareza me permito leer unas líneas de Don Juan Valera en las que parece que resuena el amable discreto anecdótico de Vaugelas: "Asimismo quisiera yo —escribe Valera a un amigo— que adoptases y usases constantemente el *le* en lugar del *lo*... Galiano, con estas y otras reflexiones, me convirtió al *le*; espero que tú te conviertas ahora." Por otra parte no sabemos si la especial disposición de los franceses y de los círculos literarios de aquella época pudo ser una simplicidad muy grande o un rasgo de verdadera cordura. La lengua francesa puede testimoniarlo y hay opiniones para todos los gustos. Boileau se quejaba de lo fea que había dejado a la lengua francesa los preceptos. Hay quien dice que la regulación suprime cosas inútiles y quien atribuye a la lengua francesa la cualidad de la precisión. Hay también quien asegura que es una lengua difícilísima de dominar por el mismo rigor de sus exigencias, lo cual probaría que la acción de los preceptistas ha producido un efecto contrario al que ellos se proponían, que era suprimir las dificultades. Tanta regulación puede ser un inconveniente. A este lado se encuentran los que creen que la variedad de formas representa más bien una riqueza y acrecienta las posibilidades expresivas. Nunca podremos responder a estas cuestiones de una manera enteramente satisfactoria.

En la formulación de los preceptos suelen concurrir circunstancias poco felices y este es un hecho que muy probablemente influye en la actitud pasiva de los más incrédulos. No basta, sin duda, la buena voluntad y el amor al orden para promulgarlos. La lógica del sentido común, a la que apelan más de lo debido los preceptistas, no gobierna casi nunca los hechos del lenguaje, porque parodiando el pensamiento de Pascal, el lenguaje tiene sus propias razones que la razón ignora. Casi nada es lógico en la lengua. No obedece a lógica ninguna el género gramatical de la mayor parte de los nombres. No es lógico a primera vista que en griego clásico el sujeto neutro plural concierte en singular con el verbo. No es sensato el uso que hacen los ingleses del posesivo en la frase *friend of mine*. Consideradas desde el punto de vista español o francés, las construcciones *c'est moi* y *soy yo*, con el verbo en tercera o en primera persona, pueden parecer lógicas o no según se mire. La complicada organización que ha llegado a adoptar en español el pronombre reflexivo *se* es de lo menos sensato. El principio de los tres órdenes de la rección que formuló Jespersen no está fundado en principios lógicos, como él se imaginaba, sino en principios estrictamente formales, como ha demostrado Hjemsløv. Sería inútil que pretendiésemos averiguar quién es el sujeto y quién el predicado en frases como: *era ella la que más se ufanaba*, aplicando criterios lógicos, por ejemplo, el principio de que el sujeto es más restringido que el predicado, y así sucesivamente. Si este problema tiene alguna importancia en lingüística, lo que yo no sé, habrá que someterlo a criterios puramente formales.

Si falla la lógica para la constitución de una regla, se acude con frecuencia a una fundamentación psicológica. Y es curioso que mientras apenas sabemos nada de los actos psíquicos que son correlato de los enunciados lingüís-

ticos, nos avasalle la preocupación de buscar la acción de la psiquis sobre el lenguaje. No hablo de preocupaciones freudianas, por supuesto, sino del psicologismo que ha dominado durante algunas décadas todo el campo de la investigación lingüística. Que la lengua sirve al pensamiento y a la expresión de gran parte de nuestra vida interior, nadie lo pone en duda. Pero que ese mundo interior y sus leyes peculiares reabren sobre la lengua y la lengua venga a ser algo así como una impronta de lo que se produce dentro, eso es mucho decir. Una señal luminosa no nos dice más que lo que nosotros queremos que nos diga. Y el lenguaje dice también, pero *no es* lo que decimos. La tentación de acudir a explicaciones lógicas o psicológicas es una tentación irresistible. Hay en muchas lenguas una clase de oraciones que consiste en la supresión del verbo. Los verbos que desaparecen con más frecuencia son los verbos como *ser* y *estar*. Podríamos pensar que estos verbos son lógicamente ociosos puesto que la predicación consiste esencialmente en la que realiza el predicado nominal, y por eso han recibido estas oraciones el nombre de *oraciones nominales*. O podríamos también pensar, acudiendo a una explicación psicológica, que estas oraciones, muy frecuentemente de carácter expresivo y exclamativo, prescinden del verbo, es decir, del elemento judicativo, porque solamente nos ofrecen, en forma de nombre, el acto de representación en que están montados los actos emocionales correspondientes. Pero como no existe coincidencia ninguna en la extensión de este uso, ni siquiera dentro de las lenguas indoeuropeas, y hay lenguas de otras familias, como las semíticas, en las que este fenómeno presenta caracteres de normalidad, las explicaciones de que hemos echado mano se revelan como insuficientes y probablemente equivocadas. Para la explicación de los usos de los modos indicativo y subjuntivo se ha acu-

dido al concepto gramatical de sujeto lógico y sujeto psicológico. Estos dos gemelos explican algunas cosas, pero como no las explican todas, será conveniente acudir a otra parte o abstenerse de más averiguaciones y buscar los patrones formales en que se funda el uso. Resulta curioso observar que la gramática moderna más formalista y axiomática, el isomorfismo de Copenhague, sienta como principio apodíctico la necesidad de encontrar una explicación semántica, un fondo significativo para todas las formas. Entonces tendrían razón de ser las menudas y complicadas incidencias del género gramatical o tendríamos la clave definitiva para comprender el uso de *ser* y *estar*, con lo que exultaríamos de regocijo. Pero la significación de las formas, si no de los vocablos, y muy frecuentemente la de los vocablos también, es a menudo un cuerpo fantasmal, una deformación de nuestros aparatos mentales. La óptica de precisión está bien como juguete en las manos de los reglamentadores, pero nada más.

Que la gramática empírica sucumba fácilmente a ciertos prejuicios, ya vemos que no puede extrañarnos. A la ciencia le cuesta trabajo también desprenderse de ellos, y no es raro que funcionen a veces como fecundas hipótesis de trabajo. Yo creo, por ejemplo, que también la escuela idealista, afanada, por su parte, en descubrir un origen histórico o cultural a las innovaciones de las lenguas, llegó acaso demasiado lejos. A mí me parece que tienen mucha razón los lingüistas cuando afirman que es imposible probar que la forma de un idioma tenga la menor relación con el temperamento nacional o con la cultura de un pueblo, por triste que esto nos parezca. La materia lingüística es indiferente a las realidades dotadas de sentido, porque el sentido es algo incorporado a la materia lingüística y de otro modo la materia estaría de más en el signo con su presencia o estaría doblemente representada



en el signo. Considerar las lenguas como una especie de poso de las culturas o como un producto de ellas en el sentido en que lo son el Cantar de Mio Cid o la Summa Theologica me parece un error grave. La lengua acompaña a las culturas y crea, todo lo más, los instrumentos léxicos adecuados, que no son traslado, ni trasunto, ni imágenes, ni símbolos siquiera de las cosas, sino simplemente signos.

Vossler pensaba, por ejemplo, que el artículo partitivo francés era la consecuencia inmediata de la venida al mundo de un realismo burgués, mercantil e intelectual que imponía al lenguaje su manera de considerarlo todo como materia de cambio, de medida, de cálculo. Y Löfstedt argüía que las grandes ciudades mercantiles de la Italia de la Edad Media no habían sido probablemente menos calculadoras y prácticas que las francesas sin dar a luz por eso un artículo partitivo. Aplicando ese procedimiento yo he pensado algunas veces que el hecho de que en español antepongamos la preposición *a* a los complementos de persona y no a los de cosas y digamos *he visto al rey*, pero *he visto visiones*, y la distribución pareja de los pronombres personales podría explicarse genéticamente apelando al elevado concepto que de la dignidad humana poseen o han poseído los españoles. Pero es mucho más prudente pensar que esta corriente innovadora del español forme parte de una profunda tendencia de las lenguas indoeuropeas que consiste en eliminar el género gramatical o en modificar sus categorías en determinada dirección. También la lengua inglesa, por otro camino, ha llegado a una distribución de las formas genéricas con arreglo a la distinción entre seres animados y seres inanimados.

Volviendo a los preceptistas, nunca dejaremos de alabar su laboriosidad y su espíritu geométrico. Lo que pasa

es que con el buen deseo no les acompaña siempre la ciencia y para encontrar un hombre como Rufino José Cuervo, de positivo saber y dotado de un raro instinto de orientación para las cosas prácticas, tendríamos que recorrer muchas leguas. Por otra parte ocurre que la ciencia pura dedica escaso interés a las cosas aplicadas. "El problema normativo —decía Bloomfield en 1933— es un problema lingüístico entre otros muchos. Pero como no es un problema fundamental, habrá que dejarlo para cuando sepamos cosas más importantes." Y en 1958 el profesor Hockett se expresaba de una manera aún más explícita: "Algunas veces los que tropiezan con un problema de orden práctico no se molestan en consultar al lingüista puro. Otras veces solicitan su auxilio, pero no se lo dan. Esto ocurre en ocasiones porque al especialista no le interesa aquello, pero muchas más veces porque en el repertorio que los lingüistas han ido acumulando, no hay nada que pueda ayudar a resolver aquel problema. Cuando esto ocurre, los de las disciplinas aplicadas se adelantan y dan una solución viable." Como vemos, al desinterés de los amigos de los preceptos por los fundamentos de una ciencia de la que no se nutren corresponde el desinterés de los hombres de ciencia por los problemas prácticos. Desdén con desdén se paga. Y un abismo tan grande entre unos y otros será muy difícil de salvar.

Cuando consideramos el lenguaje no como un sistema de leyes, ni como un cuerpo al que aplicar las reglas, sino en una relación estimativa y como una realidad valiosa, la norma lingüística, según ya hemos dicho, se nos aparece como emanación de un arquetipo o dechado. Los más poderosos estímulos actúan entonces sobre la voluntad. Y como el conocimiento de las cosas sensibles es anterior al deseo que en nosotros suscitan, la adhesión y el anhelo crecen en la medida que el conocimiento es más completo.

Paralelamente al conocimiento crece el dominio que ejercemos sobre la lengua. Y con la plenitud de dominio crece la libertad con que lo ejercitamos. Entonces se produce una situación un poco paradójica. El escritor conoce el poderoso sojuzgamiento que le domina, pero al mismo tiempo siente que es dueño de una ilimitada libertad. La actividad del hombre lingüísticamente libre podría concebirse como concibe Schelling la actividad del artista en su sistema del Idealismo Transcendental. El hombre, para Schelling, es una eterna contradicción, porque o sus acciones son necesarias, y entonces no son libres, o son libres, y entonces no son necesarias ni se rigen por ley. Solamente el arte como potencia superior acopla las dos cosas en una perfecta unidad. La actividad del que escribe penetra, en efecto, en cierto modo en la esfera de las realizaciones estéticas. Por eso la obra literaria y la lengua escrita han gozado siempre de una posición privilegiada en el horizonte de la ejemplaridad.

Nos hemos colocado de un salto en la cumbre donde las realizaciones lingüísticas alcanzan el máximo grado de elaboración y desde donde parece imponerse con más fuerza la autoridad del paradigma. A otro nivel de esa escala se encuentra el habla que funciona en las urgencias inmediatas del vivir y emplean todos los hombres, incluso aquellos para los que apenas rige la norma escrita, que son el mayor número. Nos preguntamos ahora en qué relación se hallarán la una de la otra, cuál será la relación normativa recíproca, con lo que se plantea una cuestión extremadamente delicada. Pero todo es delicado y hasta inverosímil cuando nos detenemos a considerar la índole de las lenguas literarias y escritas y nos aplicamos a ello con algún rigor y no profesamos, además, el credo del naturalismo lingüístico, para el cual lengua escrita es tanto como decir lengua artificial. Lo es, evidentemente, en cierto

sentido. Por lo pronto es una lengua que no se habla. Por otra parte, la lengua escrita no cubre enteramente una determinada área dialectal ni equivale del todo a ningún módulo hablado, ni siquiera cuando su ingrediente básico lo constituye más específicamente un determinado dialecto histórico, como el castellano. Finalmente, su repertorio de formas y de vocabulario rebasa con mucho el de las lenguas habladas.

La lengua escrita es sin duda una lengua que no se habla. Pero no sería fácil afirmar que todos los momentos del habla no estén presentes para el que escribe y no rijan su pluma. También el músico oye su música aunque no suene. Tampoco podemos asegurar que la improvisación aventaje a la composición. No es tan sencillo, por otras razones, decir que la lengua hablada sea menos artificial que la escrita y probablemente no puede alegar mejores títulos. El hablar no es una función tan natural como el respirar o el ver o el oír. No es una función que posea unos órganos biológicamente predeterminados como los pulmones, el ojo o el oído. Un ser humano aislado desde el nacer lleva a cabo espontáneamente todas esas funciones biológicas, pero no habla. La palabra es para nosotros instrumento, no función orgánica. Es inteligencia, no instinto. Si en el concepto de lo natural hacemos entrar lo biológico, lo orgánico y lo instintivo, que es la idea que bulle en el fondo del pensamiento del naturalismo lingüístico, tanto la palabra hablada como la escrita salen de esa demarcación y son en el mismo grado artificiales. Una y otra se hallan al servicio de la inteligencia y las dos se hallan ligadas con el mismo vínculo al destino racional del hombre. Y si las dos están subordinadas de una manera directa a la razón y a la inteligencia, habría que ver si la palabra escrita no es más fiel servidora de su mandato y no cumple su fin esencial de una manera más

estricta. A lo que habría que responder afirmativamente, si consideramos que la palabra escrita y sólo ella ha hecho posible el pensar sistemático, la pura especulación y la ciencia organizada. Y como artificial o artificioso es aquello en que no rige la ley de la autenticidad y de la necesidad, la lengua escrita vendría a ser en este sentido mucho menos artificial que la hablada.

Lo que muchas veces se discute es la conveniencia de que los elementos más racionales de la una se mezclen o no con los elementos más irracionales de la otra y al revés y el grado en que esto debe hacerse. Los naturalistas quieren salvar para la lengua literaria el sabroso repertorio del habla popular y por otro lado refrenar el uso de los neologismos científicos y barrer de la lengua literaria más común la pedantería seudofilosófica. La primera consigna estaba inscrita en el lema de las escuelas historicistas del siglo XIX y aparece consignada en el prólogo de la primera edición de la Gramática de Grimm. El gran lingüista sueco Adolfo Noréén, en uno de los trabajos más inteligentes que se han escrito acerca de los problemas de la norma, desechaba ya en 1888 el criterio del naturalismo. Michel Bréal reaccionó también contra los estragos del historicismo: "Para la lingüística histórica —observaba Bréal— todas las formas, desde el momento en que se usan, tienen derecho a la existencia y aun son tanto más interesantes cuanto más alteradas. La verdadera vida del lenguaje se concentra en los dialectos. La lengua literaria, que los detiene en su desarrollo, no posee ni con mucho el mismo valor." Y agregaba: "La lingüística moderna no rechaza nada. Todo lo que existe tiene para ella razón de ser." Entre nosotros Don Miguel de Unamuno fue un decidido partidario del naturalismo. "Tal debe ser nuestra empresa —decía Unamuno— en cuestión de lenguaje. Que no es algo muerto, sino vivo y muy vivo, sobre todo mer-

ced a la lengua hablada del pueblo que hace estrumpir el cincho del idioma escrito literario cuando éste intenta convertirlo en zuncho, en inflexible potro, para hacer de aquella lengua una encorsetada señorita.”

Si la lengua literaria observa con algún recelo el particularismo dialectal, lo más pegado al terruño, lo más vivo, como decía Unamuno, no es por escrúpulos ni prejuicios cortesanos ni por afán de distinción y pulimento. Hay algo más importante en esa decisión, pocas veces deliberada, con la que obedece casi ciegamente a su destino. Es el signo o estrella que acompaña a toda lengua escrita, a toda lengua que se adelanta animada por la voluntad de convertirse en lengua común: el signo de la universalidad. Todo es, sin duda, desde entonces, azaroso y problemático para la lengua. Nada hay más inverosímil que intentar mantenerse en esa posición y no traicionar a su propio destino. Un hecho así no puede menos de calificarse de aventurado, como lo es mantener viva cualquiera actividad cultural del espíritu: la ciencia, la literatura, el arte. A la lengua común no le mueve otro propósito que el de la universalidad, que es unificación lingüística, inteligibilidad idiomática, nivelación. Todo, si se quiere, artificioso, pero todo esfuerzo y dignidad.

Del importante papel reservado a la lengua literaria en la tarea de la unificación nos hablaba vuestro Secretario, Don Julio Casares, en 1953: “Existe como propio de cada época un promedio de corrección que está al alcance de toda persona educada y que se mantiene al mismo nivel en cualquier latitud del mundo hispánico... Y a la lengua que alcanza ese nivel, y desde allí se eleva a las cumbres más altas de la elocuencia y de la poesía, es a la que nos venimos refiriendo... cuando hablamos de unidad de la lengua.” Ya en 1911 el profesor Meillet nos prevenía a los españoles contra los peligros de la fragmentación: “Debemos



confiar en... que las discrepancias ya sensibles que la independencia política, la diferencia de situación geográfica y la distinta ascendencia de los hablantes han provocado entre la lengua de Castilla y la de Chile o de la República Argentina no lleguen a ahondarse demasiado hasta el punto de engendrar lenguas diversas." Y agregaba: "Es tarea reservada a la escuela y a la literatura la de mantener la unidad lingüística una vez creada." Don Ramón Menéndez Pidal, en una lección inolvidable que debía ser el libro de cabecera de todos los escritores de lengua española a una y otra banda del Atlántico, pasaba también revista a los títulos que acreditan a la lengua literaria para llevar a cabo una acción unificadora. En aquel trabajo Don Ramón Menéndez Pidal se hacía eco también de las interacciones entre lengua hablada y escrita. Y es sorprendente que un estudioso como él de los dialectos vivos y de la tradición oral formulase con el rigor con que lo hizo las exigencias peculiares de esa lengua escrita. "Considero un error literario —decía hace dieciséis años— el escribir páginas enteras con diálogos y parlamentos en lenguaje dialectal, como ocurre en "Peñas arriba" de Pereda y en muchas otras novelas, sobre todo americanas. El artista encuentra en las peculiaridades del habla local una fuerza expresiva insustituible, y lo es en verdad; pero ese encanto sólo es perceptible completamente para los lectores criados en el mismo ambiente local... Emplear en abundancia el habla local es dar al lector el fruto dentro de una cáscara que cuesta trabajo mondar; es poner una limitación al arte, al no desenvolverlo en todos los momentos dentro de los recursos de la *plena universalidad*."

Las relaciones entre palabra y escritura plantean innumerables problemas: políticos, estilísticos, ortográficos, etcétera. ¿La escritura, por ejemplo, debe ser etimo-

lógica o fonética? ¿No empobrecemos nuestra representación visual haciendo la escritura demasiado escueta? ¿No habría que haber salvado, digo yo, en la nuestra las formas venerables de la lengua griega? ¿No es la lengua literaria una lengua de gran cultura y no debemos rechazar las insinuaciones de los que aconsejan hacer tabla rasa de lo etimológico? ¿Sería hoy la lengua inglesa lo que es y lo que representa con un alfabeto nivelado y atendido a un patrón vivo? ¿A cuál? ¿No es función de las lenguas universales refrenar en lo que se pueda el avance diferenciador y hacer un patrón de sí mismas?

La lengua literaria es siempre algo fantasmal. Decía Bergson que el instinto no busca, pero encuentra y que la inteligencia busca pero no encuentra. Tras de la lengua literaria andaremos siempre desasosegados, viéndola rehacerse en momentos de gran ventura, viéndola a punto de desmoronarse en momentos aciagos. La voluntad de todos los que escriben la sostienen con la pluma, pero ella tiende siempre a caer. Yo pienso algunas veces que el mejor servicio que podemos hacer en honor de ella es ser fieles nosotros también a su destino. Se trata de una cuestión de decencia mental. Hablar es muy fácil, porque la palabra hablada funciona en casi todos los casos en situaciones típicas y la fórmula que hemos de aplicar al caso concreto acude a nuestros labios de una manera automática, por el procedimiento más acomodado a la representación que de estas cosas se hace el naturalismo doctrinario. Sin duda que esta operación del hablar goza de cierta plenitud. La operación del escribir, a su lado, es eminentemente precaria. Vale la pena construir una filosofía en medio de la calle y a viva voz, como Sócrates. Lo demás es miseria de la inteligencia. Pero esa miseria suele alimentarse de la razón y rodeada del silencio —el modo au-

téntico de la palabra, como dice Heidegger— convierte el lenguaje en útil racional.

Pensamiento y autenticidad son la norma de la lengua escrita. No hay pensamiento bien construido al que se resista la palabra. La falta de pensamiento y autenticidad hace a la prosa miserable. Ortega habla de arterioesclerosis de la elocución en la prosa de Kant y de falta de plasticidad de las denominaciones técnicas que aquejaba a su estilo. Todo esto puede ocurrirle a la lengua escrita, y mucho más a la lengua filosófica. Pero mientras se mantenga fiel al pensamiento, cumple su fin. A nuestra lengua literaria de hoy y a la de otros momentos más o menos felices le aqueja la falta de rigor mental y un exceso de plasticidad. Habría que meditar sobre ello. Para conservarse en el espacio y en el tiempo, una gran lengua tiene que aspirar a un patrón medio que dé entrada en él, como un hecho normal, a cierto estilo de prosa neutra y despersonalizada. Sólo así pueden mirarse con ojos serenos los episodios extravagantes de la literatura.

Entonces ocurre por extraña paradoja que la lengua escrita a lo que más se parece es a la lengua hablada, sin apenas tener nada que ver con ella. Nos da esa apariencia el aire sencillo y de abandono con que se presenta y que parece imitar a la naturaleza, si no es que la naturaleza imita al arte, como quería Oscar Wilde. Esa apariencia se logra por simplificación, por reducción, por destilación. Detrás está siempre la sinuosa línea mental. Hay algo, en el fondo, inconmensurable entre lengua escrita y hablada: la temática. Aplicar todos los recursos del habla al trabajo literario haría imposible la más simple tarea de análisis. "Si yo hablo como escribo —son palabras de Eliot— nadie me entenderá. Si escribo como hablo nadie me leerá." Por eso el que limita sus recursos a los de la lengua hablada, reduce sus posibilidades especulativas, y esta es la impre-

sión que nos dan algunas páginas de hoy y la técnica misma de algunas obras de nuestros grandes novelistas de este siglo. La poesía lírica se acerca más a nuestro hablar espontáneo. "La poesía —dice también Eliot— no es exactamente la misma lengua que el poeta habla y oye; pero debe encontrarse con la lengua hablada de su época en una relación tal que el lector o el oyente puedan decir: así hablaría yo si pudiera hablar poéticamente." La poesía no es siempre universal, pero es más lengua literaria que otra lengua literaria. Aborrece los particularismos. Aborrece los neologismos. Odia los arcaísmos. Es sintética, elíptica, bastante y suficiente. Vive al día y no traiciona ni a la autenticidad ni a la inteligencia. En el polo opuesto se encuentra la oratoria. En otro más opuesto todavía el discurso escrito, que es donde yo estoy ahora. La lengua que emplean los autores dramáticos se encargan de estropearla nuestros actores, pero es tan literaria como la que más, aunque no lo parezca. De la prosa doctrinal o didáctica que emplean a veces los especialistas más valdría no hablar ahora, aunque ella es un buen índice de nuestra cultura. Pero no somos los únicos en padecerla, porque yo leía recientemente un comentario en el Suplemento Literario del Times a propósito de una obra técnica en cuyo prólogo se estampaban las razones siguientes: "Si la lectura de este libro resulta penosa para el lector, es porque consideramos que los hechos son más importantes que su inteligibilidad."

Yo creo que conjuraríamos todos los peligros de la fragmentación lingüística si consiguiéramos una lengua común escrita de cierta consistencia y con muchas cosas dentro. Me refiero en primer lugar a la sustancia literaria. Hacer subir el nivel de una literatura en el momento en que lo aconseja una política idiomática no es cosa que pueda inscribirse en ningún programa de gobierno. Tam-

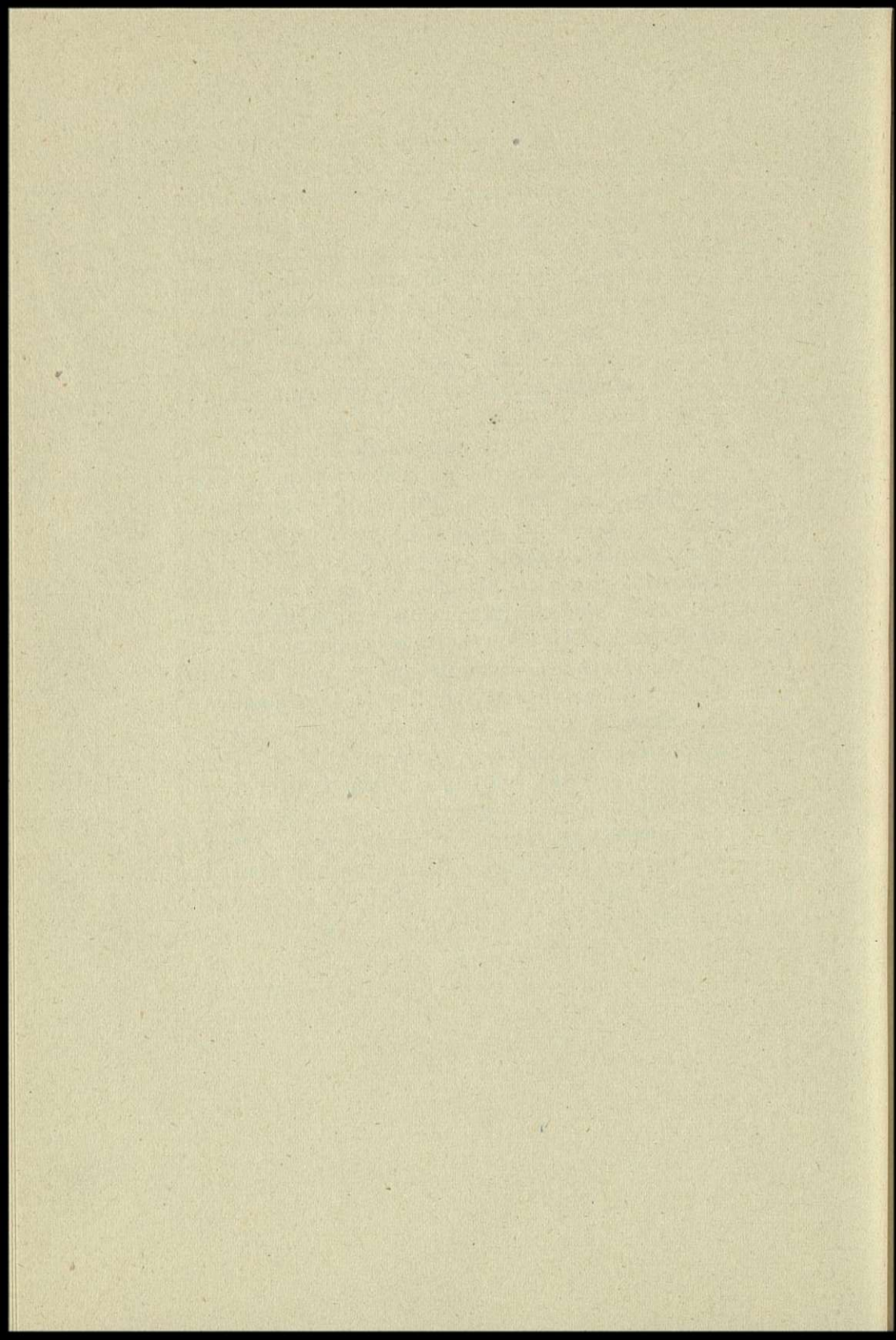


poco ponemos en duda, al hablar así, los valores de la literatura que vivimos. Pero nos inquieta la continuidad, en una época en que fallan los resortes espirituales. Otras lenguas, con una tradición literaria más densa, se encuentran expuestas a idénticos peligros y no hay más que aguzar el oído para escuchar por todas partes el clamor. Pero otros pueblos han mantenido acaso más continuamente el nivel de su literatura. La lengua es un caso asombroso de autofagia. Necesita devorar continuamente el modelo vivo. Ha de tener además a su alrededor un ondulado panorama de montañas en la que ninguna oculte por completo a la otra. En nuestra perspectiva el pasado no se une por líneas onduladas al presente. En el momento de la ruptura política con los pueblos de América nuestra literatura no era un foco de poderosa irradiación. Ninguna obra fue entonces más fecunda que la que llevaron a cabo esos dos grandes americanos que se llamaron Bello y Cuervo. Pero Francia inundaba ya los mercados de América con su literatura y Norteamérica la inundó con el cine y los libros. Nuestra exportación de libros no ha funcionado siempre a tiempo.

El escritor no se incuba. Pero puede forzarse la formación literaria. No digo especialmente la del escritor, sino la del medio culto que le nutre y le hace posible. Se puede también hacer más severa la formación humanística, otra de las sorpresas que lleva dentro la prosa literaria y sin la que no puede vivir. En Inglaterra ponía hace poco en estado de alarma a sus conciudadanos, a propósito del griego y del latín, no un profesor ni un especialista ni un pedagogo, sino un poeta. Advertía muy seriamente a los ingleses que el porvenir de su literatura estaba indisolublemente unido al de las humanidades y que si éstas decaían decaería también la literatura. Tampoco hace más de dos años que la Universidad de Cambridge rectificó

un acuerdo que suprimía la exigencia del griego o del latín en la prueba de ingreso en la Universidad y mantuvo con decisión esa exigencia. Nuestros jóvenes hacen bien en correr desalados hacia las disciplinas experimentales y las prometedoras técnicas si nadie les pone delante la valla del griego y del latín, mínimo *handicap* con que ganan su carrera los de Cambridge. ¿Dejaremos escapar el momento feliz en que se produce en España un muy brillante, aunque minoritario, renacer de los estudios clásicos, movimiento que tanto debe en sus comienzos a la energía de vuestro Director?

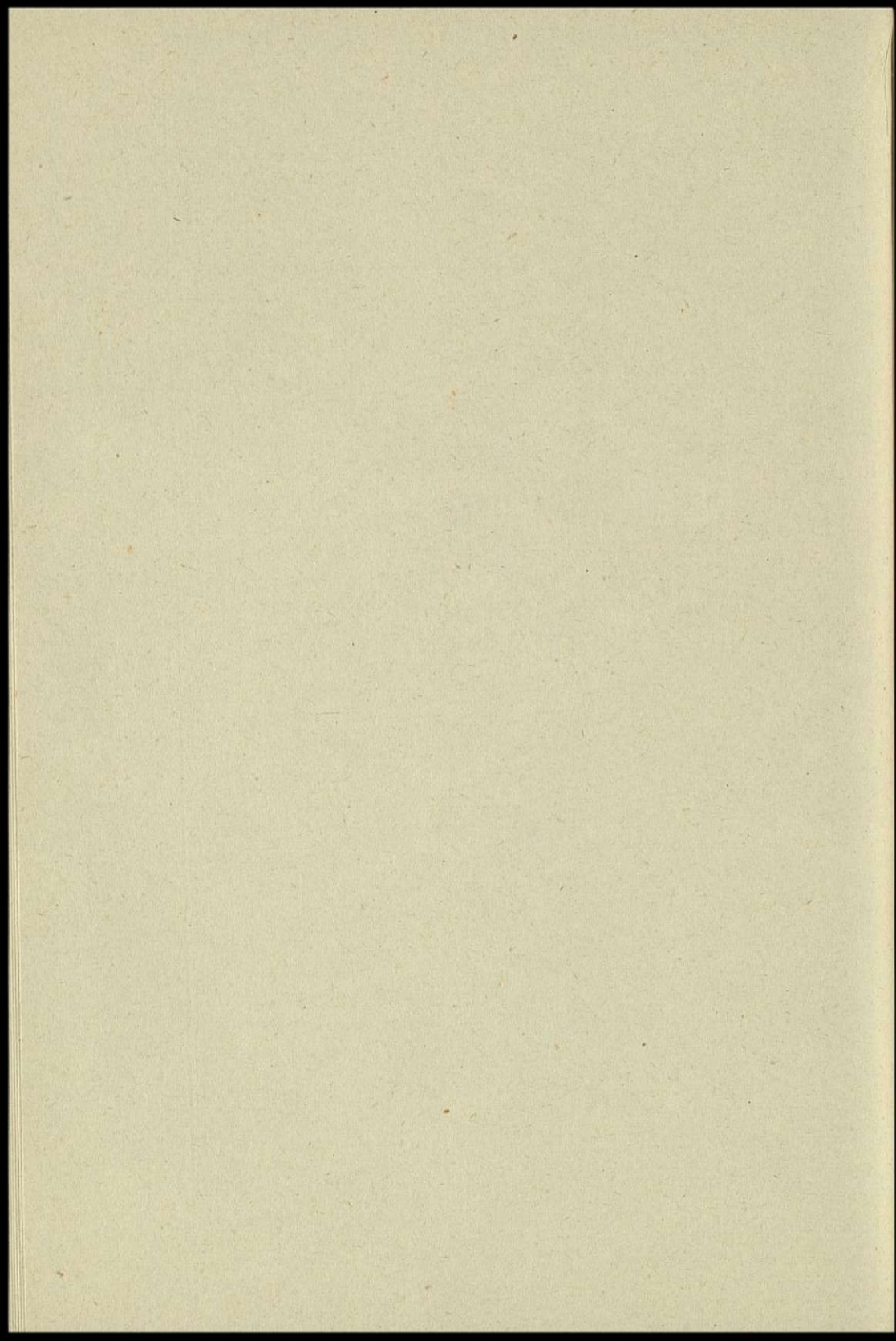
Querría hablaros de otros secretos de esa prosa culta, a la que debemos aspirar si no queremos que perezca nuestra lengua. Me hubiera interesado especialmente considerar lo que es para nosotros como norma nuestra gran literatura de los siglos de oro y si es válido el criterio normativo histórico-literario, al que también pasó revista el sueco Noréen y al que responden las palabras de Hugo Schuchardt: "Aprendemos a estimar nuestra lengua, la admiramos no como lo que es, sino en virtud de lo que en ella ha sido realizado: no en la gramática ni en los diccionarios, sino en la obra de nuestros poetas y nuestros pensadores." Estas y otras cuestiones me acuciaban cuando escribía mi discurso y mucho lamento que mi inexperiencia no me haya permitido organizarlas dentro de las dimensiones que prescribe el género. Tampoco he querido rebasar la extensión debida, para no tener que hacerme el reproche que se hacía el Señor de Montaigne: "¡Tantas palabras por las palabras solamente!".



DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. DON JOSÉ MARÍA PEMÁN
Y PEMARTÍN



EXCMO. SEÑOR. SEÑORES ACADÉMICOS:

QUIZÁS al escuchar el denso y enjundioso discurso del nuevo académico se os habrá pasado inadvertido un detalle, una nota personal, que yo estimo de máximo valor como revelación y calificación de su ser íntimo y profesional. Por imperativo académico, Salvador Fernández Ramírez ha tenido que hacer el elogio y evocación de dos académicos anteriores: del Conde de Foxá, su predecesor, y de Don Agustín González de Amezúa, al que Foxá sustituyó, pero del que no pudo hacer la semblanza necrológica por no haber llegado a leer su discurso de recepción. Foxá era un poeta de arrebatadora personalidad que llenaba una gran zona de la vida social de Madrid. Amezúa era un erudito, financiero y político, que tenía en Madrid mil presencias distintas. De uno y otro el nuevo académico ha hecho dos bellas semblanzas llenas de agudeza y exactitud. Ha demostrado conocer a fondo las obras de uno y otro. Pero ha declarado, con encantadora sencillez, que personalmente no conocía ni a uno ni a otro. Basta esta notación biográfica de Salvador Fernández, dejada caer al paso, para esbozar una primera y muy esencial clasificación de su persona: Salvador Fernández es un trabajador apartado; un asceta de la ciencia que cultiva. Su vida es ese "borbollón de agua clara" del

que luego, como decía Machado, puede nacer el Guadalquivir. Hay académicos que "llegan" a la Academia como por un proceso de madurez natural. Hay académicos que "vienen" a la Academia, como por un episodio elaborado y consciente de su vida profesional... Y hay académicos a los que la Academia tiene que ir a buscar.

De éstos es Salvador Fernández: al que, bien mirado, ya hace tiempo que fue a buscar la Academia para incorporarlo a su Seminario de Lexicografía como redactor jefe de su Diccionario Histórico. En el área académica, el trabajo vino a Salvador Fernández antes que el honor. El nuevo académico es una adquisición típica dentro de esa nueva orientación más estricta y científica que la metodología y el especialismo de la hora exigen, cada vez más, a una Academia.

Hace años que yo traté de resumir el mundo de exigencias a que trata de servir la selección académica. Nadie ha podido describir nunca la extraña mesa ovalada, única en su género, forrada de bayeta verde y orlada de un canal de diccionarios, en torno a la cual se celebran las sesiones de los jueves, bajo una enorme lámpara oval que sostiene sobre las cabezas de los académicos, como lenguas de Pentecostés, sus bombillas eléctricas. Allí se sienta, no un círculo de estudiosos, ni un homogéneo equipo de trabajo, sino una recluta viva de filólogos, gramáticos, poetas, científicos, políticos, obispos, generales, que componen, con elevación de escala, como una reproducción bastante aceptable de la calle, de la plaza, de la vida nacional, para la que el idioma se destina y ofrece. La palabra va y viene allí, zarandeada, rebotada y batida, del lingüista al poeta y al creador, del científico al especialista, recibiendo enfoques profesionales, toques estéticos, apreciaciones vitales y callejeras, y quedando así definitivamente lista para la sentencia que la rechace, coloque o

modifique dentro de ese pequeño cosmos —a medias ciencia y a medias vida— que es un auténtico diccionario de la lengua.

La presencia de Salvador Fernández, por llamada y requerimiento, significa una acentuación del lado técnico y científico que, sin perjuicio del equilibrio de los demás componentes, es cada vez más necesario en nuestra época. Jamás celebraremos bastante la hazaña de los académicos fundadores que, a los trece años de vivir la Academia, se atrevieron a abordar el "Diccionario de Autoridades" y en otros trece años, de 1726 a 1739, dieron cima a este monumento, uno de los más asombrosos de la filología moderna. Pero esto que era posible en el siglo XVIII no es posible ya. El "Diccionario Histórico", cuyo primer fascículo hemos tenido en la mano hace apenas un mes, yo confieso que con temblores de emoción, requería ya, al lado de nuestro salón de sesiones, una máquina técnica de fino instrumental y movimiento ágil. En esta línea estuvo la creación del Seminario de Lexicografía. En esta línea ha estado el requerimiento y comparecencia de Salvador Fernández. La Academia de 1960 necesita una extrema derecha —digámoslo así— de Filología, Lingüística y Gramática... Aquí estamos luego la extrema izquierda de los poetas y los escritores para vulnerar todo eso con las deliciosas vulneraciones de la estética y de la audacia vital.

Y sin embargo se equivocaría quien evocara, a propósito de esta dualidad, el pleito convencional y clásico entre el dómine armado de palmeta y el artista creador pródigo de travesuras e incumplimientos. Precisamente la figura de Salvador Fernández significa todo lo contrario.

El nuevo académico creyó en su primer impulso vocacional que iba a ser matemático: y es notación que he de recoger dentro de un momento. Luego, doctor en Le-

tras y licenciado en Derecho, secretario del Centro de Estudios Históricos de la Junta de Ampliación de Estudios, encargado de Curso de la Universidad de Madrid, catedrático de griego en Alcalá, se dibuja en él la personalidad final del lingüista de entregada dedicación. Traduce la "Psyche", de Erwin Rhode, y en colaboración con Fernández Galiano la "Introducción a la lingüística griega y latina", de Krestchmer, y tras copiosos trabajos de revistas y boletines, asombra a los lingüistas del mundo con la publicación del tomo primero de su monumental "Gramática española".

Y aquí es donde queda pulverizada la imagen recelosa del dómine que viene, con su palmeta, al encuentro de los creadores que le esperan temblando entre sus libertades y pecados. Nada de eso. Antes de estar todos juntos —el lingüista y los creadores— en esta sala de la Academia, estábamos ya, en cómoda y ancha instalación, en la Gramática de Salvador Fernández. Todos nosotros, los que en la Academia le esperamos y recibimos, estábamos ya allí como pequeñas autoridades de su gran autoridad; sumidos en su apretado océano de citas del lenguaje vivo y escrito, como cifras de su agotadora estadística, como protones o neutrones de su infatigable observación microscópica. Fernández no nos reñía, no nos legislaba. Nos observaba, nos recontaba. Eramos parte de su humilde y ejemplar objetividad científica. Su Gramática había empezado en nosotros. Sino que en nosotros era caos y en él, cosmos. En nosotros era nebulosa primaria y en él galaxia definida de estrellas y planetas.

Lo dice claramente él mismo desde la primera página de su "Gramática": no ha querido hacer una obra estimativa, sino esencialmente descriptiva. Le ha interesado el hecho mucho más que la norma. Venía con ello —bien sintonizado el llamamiento y la respuesta— al encuentro

de la actual disposición técnica de la Academia. Se lo habéis oído en las primeras páginas de su discurso de hoy: viene a incorporarse a la tradición liberal de esta casa, de la que decía Menéndez y Pelayo: "pocas instituciones ha habido menos académicas que la Academia Española."

Efectivamente, ya el primer "Diccionario de Autoridades" no hizo otra cosa sino apuntalar cada palabra del idioma con un cimiento de citas de escritores de uso vivo. La autoridad empezaba en la vida antes de recibir la autoridad en la Academia. Luego, cuando tuvo la Academia que acudir a remediar la artificiosidad culterana del siglo, tampoco legisló por autoritarios decretos, sino que acudió, con Mayans, con Capmany, al plebiscito de nuestros limpios autores del siglo XVI, los autores del "buen gusto": la frase culinaria que acuñó Isabel la Católica para significar toda claridad elegante. Sino que, como decía Cadalso, esas semillas de nuestro "buen gusto" fue Francia las que las benefició y cultivó, logrando, mientras nosotros enrabiábamos nuestro estilo de barroquismo y Contrarreforma y nos separábamos de Europa con cables de alta tensión verbal, aquel francés didáctico y transparente que Feijoo, embelesado, decía que era "como jardín donde las flores espontáneamente nacen" mientras nuestras letras eran "como lienzos donde ingeniosamente se pintan". Esto nos llevó, por reacción de nuestro dislocado barroquismo, a un punto de afrancesamiento que en seguida promovió la contrarreacción purista. Es ése el momento en que la Academia se parece más, por un tramo de unos ochenta años, al dómine de la palmeta. Se debate contra galicistas, popularistas y culteranos, acorralada como un espadachín y pegada, por ello, su espalda a la pared de la etimología y del rigor. Entonces vino el conceder al uso, como quien tira un mendrugo a un perro, las

palabras de manipulación cotidiana para caer en seguida, con voracidad petulante, sobre sus derivados de utilización más literaria o selecta. Así el hombre de la calle se vestiría de "luto". Pero el dómine selecto diría que era "luctuoso" el dos de mayo. El huertano cogería en el árbol el "fruto". Pero el caballero de la Corte, al que a lo mejor el huertano le pagaba la renta, aseguraría que aquel negocio le era "fructuoso". Y sobre esto los grupos de consonantes "oscuro", "substancia", "psicología". Y hasta la ph de "filosofía" o la th de "theatro". Luchaban contra el galicismo léxico, e incurrían en un más profundo galicismo temperamental, al colocarse, a la francesa, en ese terreno tan etimológico y urbano.

Desde la generación del noventa y ocho —revulsivo de tantas cosas—, varían las perspectivas literarias y en seguida las académicas. Los escritores salieron por aldeas y veredas. Se descubrió, como materia estética y lingüística, Castilla. Con Unamuno, Azorín, Enrique de Mesa, Machado, la literatura sale al campo y tras ella la Academia, a espigar el "hondón", el "meollo", el "herbal", el "pastizal". Se reavivan las hablas vernáculas, no ya como instrumento de obras totales, sino como impregnación del habla castellana. Así Unamuno acoge leonesismos; los escritores bilingües establecen prestaciones y cuentas de compensación idiomáticas. Juan Ramón Jiménez llegó a pensar que no hay mejor castellano que aquel que tiene humedecidos los pies en algún agua dialectal: así el vasco-castellano de Baroja; el galaico-castellano de Valle Inclán; el catalán-castellano de Eugenio d'Ors. El mismo Juan Ramón llega a decir que aspira a que su idioma sea un perpetuo "defecto andaluz". Y únase a todo esto la reavivada conciencia de nuestra solidaridad lingüística con América: la seguridad, tan explicada por Dámaso Alonso en la última Asamblea. de que así como para el

francés, lengua de un orbe cultural, el problema fundamental es el de la pureza, para el español, lengua de un mundo vivo de ciento cuarenta millones de habitantes, el problema es la unidad aun a costa de la pureza. Ya se comprende por qué serie de caminos y tensiones la Academia Española se ha encontrado en un nuevo período de radical atención al uso y a la vida; de valoración del hecho sobre la norma. Y ya se comprende con qué sintonía de tono y propósito llega a ella, como a su casa y a su ambiente, Salvador Fernández, trayendo en la mano esa valiente iniciación de una Gramática mucho más descriptiva que normativa.

Lo que aporta el nuevo académico a esta situación temperamental y doctrinal en que la Academia se halla es su claro esquema científico, acordado con las más modernas escuelas de la lingüística contemporánea.

El compromiso primario de la posición doctrinal de Fernández es bien simple. El lingüista es un profesional que, como su nombre adelanta, va a ocuparse de la Lengua. Pero la Lengua es una realidad que está ahí. Lo primero que tiene que hacer el lingüista es "conocer" la lengua. Luego vendrá el momento de extraer teorías y aun leyes. Pero no se concibe que un botánico empezara por codificar las leyes de las plantas antes de conocer y describir las plantas mismas.

Al fin y al cabo no está con ello tan alejado de su primitiva postura vocacional de matemático. No existe orbe mental que nos parezca más abstracto e irreal, más duro y legislativo, que las matemáticas. Sin embargo, originariamente han sido un acaecimiento de las cosas. Si no hubiera cosas —naranjas, sillas o caballos— que se pudieran sumar o restar o multiplicar no habría matemáticas. Lo que ocurre es que en cuanto uno no suma cerra-



damente naranjas, sino que añade caballos o sillas, ya el tanto resultante no es ni de sillas, ni de caballos, ni de naranjas, sino de una entidad superior que empezamos por llamar cosas y acabamos por designar con letras latinas y griegas. Ya en ese camino se llegará a todos los grados teoréticos que queráis. Pero en la raíz de todo siguen estando unos objetos cuantificables de los que la matemática fue un primer suceso y manipulación. Como en la raíz de la geometría, con toda su desnuda abstracción, está el elemento sólido en que nos movemos con sus mesas, prados, velas y ruedas, primera verdad del círculo, el cuadrado o el triángulo. A un mundo de sirenas inmerso en la amorfa fluidez de las aguas no se le hubiera ocurrido nunca la geometría. Ni la gramática se le hubiera ocurrido nunca a nadie en una ciudad de mudos.

Hay, pues, que tomar las doctrinas por su principio y conocer primero las cosas; los soportes vivos de cualquier teorética. La lengua en este caso. Por eso la aparición de la "Gramática" de Salvador Fernández fue saludada, con más entusiasmo que por los hispanos hablantes, por los norteamericanos, amigos del pragmatismo; de los hechos claros y de las realidades positivas. No es esto decir que la escuela norteamericana sea un positivismo ateorético. Al contrario. Ninguna escuela más doctrinal y teórica, en definitiva, que la norteamericana, pero siempre "a posteriori" de un enorme esfuerzo experimental y analítico. Al cabo de ellos son, en todo, los hombres de la realidad positiva trascendida. Del pragmatismo han hecho, con James y Dewey, una filosofía; de su propia biología social han hecho su Constitución; de su expansión comercial, una doctrina universalista; de sus urgencias de productividad, principios científicos de psicología. No es raro que hayan llegado a una lingüística teorética empezando por todo lo observable y positivo de la lengua.

Es el camino, más que los objetivos, lo que Salvador Fernández varía y vuelve del revés en su espléndida aventura gramatical. Por eso el mundo hispano-parlante no ha coreado, acaso, su esfuerzo con igual comprensión. Por aquí hemos querido, en todo, tener normas antes de conocer los hechos. Hemos tenido, muchas veces, constituciones antes que sociología. Negocios, instituciones o planes, antes que estadística. Autoridad antes que plebiscito. También Salvador Fernández va en busca de la teoría y de la norma, pero sabe y reconoce que para llegar a eso honradamente faltan años de observación, de estadística, de método, de labor comparativa, para que, algún día, de la descripción se pueda, con paso seguro, pasar a la preceptiva.

Para avanzar en ese terreno, sobre todas las adherencias que ya la lingüística tenía de la psicología, la lógica, la fisiología, Fernández se hará cargo de la última adherencia norteamericana que es la proveniente de la sociología: la que toma en cuenta el punto de vista de la comunicación; de la recepción del mensaje; la que hace ingresar en el orbe del lingüista ese nuevo personaje que es el interlocutor, el destinatario. Todo esto en mano de los norteamericanos puede apuntar hacia objetivos más o menos bastardos de publicidad, comercio o política. En manos de Salvador Fernández será un excelente cooperador para lograr un panorama descriptivo vivo, real, de la lengua española. Él ha sabido comprender que la tarea del lingüista hispánico tenía que pasar, antes que nada, por una primera etapa de humildad.

Pero naturalmente nadie debe creer que la "Gramática" del nuevo compañero esté presidida por una pura pasión de coleccionista o una displicente impasibilidad de observador.

De todos esos hechos acumulados ha de llegarse a la extracción de la teoría y de la norma: si bien parece ser que de modo más seguro por ese camino "a posteriori" utilizado por la escuela norteamericana, que no por el camino dinamarqués del apriorismo un tanto temerario.

¿Por qué camino se vislumbra el acceso, desde este período descriptivo y estadístico, al estudio teorético?

En su denso estudio sobre "El concepto de forma en Gramática", Salvador Fernández aventura algo de la enjundia y esencia de lo que es la lengua, materia y objeto de esa ciencia —la Lingüística— que en buena parte venía actuando sin haberse propuesto el radical problema de lo que fuera aquello mismo sobre lo que trabajaba.

Fernández arranca del concepto fundamental de Saussure, impregnado del sentido escolástico de la "materia" y de la "forma". El pensamiento es como una nebulosa: materia amorfa donde nada está delimitado antes de la aparición de la palabra. No nos podemos imaginar cómo pensaría un ser que careciera totalmente de palabras. Pensar es un poco hablarse a uno mismo. Por su parte, la sustancia fónica del hombre es también una materia indeterminada donde nada significa nada; donde no hay más carga significante que la que pueda existir en el pío de los pájaros o en los ladridos del perro. Cuando esas dos sustancias en nebulosa —la nebulosa mental y la nebulosa fónica— se unen y se formalizan por una operación de naturaleza misteriosa, nace la "lengua", que es eso: una "forma" nacida mágicamente en el bisel de una sustancia intelectual y una sustancia sonora.

Todas las tensiones del hombre, las orgánicas y las mentales, las psicológicas y las sensoriales, se congregan para formalizar esas dos indeterminaciones y lograr el mundo de las palabras. Y todo eso sigue juntándose y enredándose para enlazar esas palabras, producir las mor-

femas y engendrar todo el mundo de extraños fenómenos que es el lenguaje.

Para medio aventurarse en el terreno resbaladizo del “porqué” ante esta selva oscura, no hay otro camino sino desandar “a posteriori” ese camino de las tensiones humanas que elaboraron los hechos lingüísticos. El lenguaje es alógico si no se tantea, con grandes probabilidades de error, su lógica por esos hondones de su espontáneo nacimiento. Salvador Fernández se planteaba, por ejemplo, esa perplejidad de la lógica ante la más elemental frase humana: aquella en que el ser individual se anuncia y presenta. *C'est moi* dicen los franceses: conjugando en tercera persona; como si dijeran “esto es yo”. En cambio, los españoles conjugan en primera persona: “soy yo”. ¿Será demasiado temerario buscarle a esta discrepancia explicaciones basadas en el objetivismo clásico francés y en el personalismo individualista español? ¿Se siente el francés un ser que “es” en una realidad social, exterior y formalista, y el español un ser que “es” en su indomable e irrenunciable intimidad? ¿Será por eso por lo que el francés dice de sí mismo que “es” y el español que “soy”? Como por otra parte, ¿serán ecos de malas pasiones nacionales el que para buscar el más alto nivel del adjetivo laudatorio digamos los españoles de una cosa que es “soberbia”, que es “envidiable”? Por otra parte, ¿será por efecto de la retroversión cartesiana del pensamiento en sí mismo y de la “duda metódica” por lo que, en el lenguaje usual, los verbos que denotan las más puras acciones intelectuales —como pensar o creer— se utilizan para introducir en la oración un matiz de vacilación? Si viene por allí una persona y yo estoy seguro que es Pedro digo “ése es Pedro”: con el verbo “ser”; el verbo aristotélico y escolástico. Pero si no estoy seguro digo: “creo

que es Pedro”, “pienso que es Pedro”: utilizo el verbo de la fe y el verbo del pensamiento para expresar la duda.

Salvador Fernández ha dedicado una atención penetrante a los problemas infinitos de las oraciones interrogativas. Salvo la pura interrogación inquisitiva, “¿dónde está el libro?” por ejemplo, en cuanto en la posición del hablante intervienen otras tensiones psicológicas, se pregunta de los modos más desconcertantes y de apariencia más alógica. Con la negación “no”, por ejemplo, se introduce en la oración, como negando aquello mismo que se pregunta, la duda unas veces —“¿no te parece que vendrá?”—; otras el despecho: “¿no puedes acompañarme?”; otras el estupor: “¿no decían ustedes que...?”. El empleo de los verbos sensoriales y dinámicos —ver, oír, andar, decir— convierte la pregunta o en llamada de atención: “¿ves lo que pasa?”; o en incitación: “¿vamos a ocuparnos?”; o en enlace con lo dicho por el interlocutor: “¿dices que no quieres ir?”. Únicamente una actitud llena de atención a todo lo expresivo y psicológico puede analizar estas oraciones interrogativas que, en realidad, no tienen sentido inquisitivo; son preguntas que no preguntan nada, sino que acentúan posiciones psicológicas.

Si en el lenguaje, en ese bisel y punto de sutura de lo mental y lo fónico, ocurren todos estos fenómenos nacidos de espontáneas tensiones afectivas o intelectuales, ¿cómo no ha de ser la acumulación previa de esos hechos vivos, hablados o escritos, la ocupación primera para llegar, sin descarrío, a formular doctrina o norma sobre tales fenómenos? Todas esas creaciones psíquicas se han dado espontáneamente en el hablante; se han depurado en el escritor. Únicamente la fina auscultación de lo que se dice, y la metódica acumulación de lo que se escribe, nos devolverá, por un procedimiento de regreso, el mecanismo mental y la ley que presidió la espontánea formación.

Como que nos encontramos incluso con que los procedimientos más académicos y normativos no han sido más —aun sin saberlo a veces— que reproducción de procedimientos vivos y espontáneos del lenguaje. Cuando los puristas quisieron detener la fluidez del uso popular, ya dijimos antes lo que hicieron: abandonar como causa perdida lo muy cotidiano, y apoderarse con intervencionismo etimológico y culto de lo más minoritario. Pero eso lo había ya hecho espontáneamente el mismo uso. El habla usual decía “cabeza” o “rodilla”, cancelando los latinizados “testa” o “hinojo”. Pero el hablante culto que leía aún esas palabras en textos arcaicos, o que conocía sus gemelas —la “tête” francesa; y la “testa” italiana; el “genou” y el “ginocchio”—, conservaba el cultismo en la formación “testaferro” o “hinojarse” o postrarse “de hinojos”. En la misma ortografía se producía ese espontáneo fenómeno: y del “hijo” del habla ordinaria, salía el “filial” en cuanto la expresión era más genérica o abstracta. Y del “ojo” de la calle, formaban el “oculista” de la clínica; y el “caballo” del aldeano se latinizaba para darle al elegante el “concurso hípico”. La lengua había hecho, por sí misma, muchas tareas académicas antes de que las hicieran los puristas.

Todo esto revela que no es ningún desvarío ir a buscar la primera información para establecer una buena doctrina gramatical en la acumulación de textos escritos, cuya acción directiva sobre el lenguaje se está viendo en todas estas formaciones cultas que se mantienen victoriosas al lado del uso de la calle. De la estabilidad y permanencia de los textos escritos le viene al lenguaje esa permanencia y estabilidad que le evitan el ser una pura contingencia cambiante al minuto. Hay un proceso inevitable de retraso del signo sobre lo significado que no puede explicarse más que por la inercia y freno de lo escrito. To-

avía, porque así se leyó durante siglos en textos españoles o coloniales, le dirán a uno en Argentina que se “agostó” el pensamiento de un escritor, usando el verbo “agostar” como figurado de las operaciones que arrasan o desnudan el campo en el mes de agosto español, y no ciertamente en el agosto argentino, que es pleno invierno. ¿No dicen todavía muchos escritores para celebrar un estilo: “la bien cortada pluma de Fulano”, formación arrastrada de los textos y lecturas de cuando las plumas, por ser de ave, se cortaban?... En general el “signo”, por esa virtud paralizante del modelo, tiende a quedar retrasado del significado, incluso en el gesto humano. Todavía al anunciar a otra persona que le telefonearemos, hacemos el ademán de girar la manivela de los viejos teléfonos, en vez del ademán de accionar el disco de los actuales aparatos automáticos.

Por eso, señores académicos, porque la humilde y respetuosa acumulación de los textos, como materia observable y base de toda inducción, es la posición revolucionaria de este gramático, no resulta demasiado incongruente o desorbitado que salga a darle la bienvenida un escritor o un poeta. Una de las maravillas de la gramática es que dentro de su compatibilidad legal puede alojarse no sólo la audacia sino el absurdo. El absurdo pleno no empieza hasta que comienza el absurdo gramatical. San Juan de la Cruz puede decir la “soledad sonora” o la “música callada”, porque aunque haya unido sustantivos y adjetivos discrepantes, no ha roto la legalidad gramatical. Decir que “Pedro es un caballo”, es decir una broma o iniciar un cuento de magia o de humor. Pero no es decir todavía un disparate, porque la ordenación legal de sujeto, verbo y complemento subsiste. El disparate empezaría cuando con las mismas palabras se ordenara así la oración: “Caballo Pedro es un”.

Por eso precisamente, porque los poetas alojan en la gramática las mayores audacias intuitivas, son, en expresión de Salvador Fernández, "los más fieles observantes de la legalidad": los mejores datos observables para la anotación de las formaciones lingüísticas que ellos hacen más abultadas y visibles precisamente porque las someten al máximo coeficiente de elasticidad y resistencia.

En resumen, Salvador Fernández Ramírez trae a la Academia una inmensa humildad laboriosa, una enorme objetividad descriptiva, para dar cimiento firme a toda inducción gramatical.

Invertir los términos, operación a la que es tan propicia esta España de teóricos antes que de prácticos, de muchos ingenieros y escasos capataces, es pecado peligroso. Ortega observaba que todo el siglo pasado nos lo llevamos enunciado doctrinas políticas, constitucionales y sociales y peleándonos con ellas. Pero, en realidad, la vida española no se rigió por nada de ese bagaje mental, sino por el ímpetu vital de tres o cuatro biografías decisivas: Espartero, Riego, Zumalacarregui, Narváez. Si todas aquellas teorías se perdieran y esas biografías se conservaran el siglo XIX seguiría siendo, poco más o menos, el mismo. También sería poco más o menos el mismo el lenguaje español si se perdiera una porción de gramáticas escolares y apriorísticas, y se conservara cuanto se dijo y se escribió en las aldeas y los ateneos.

La curiosidad infinita de Salvador Fernández le llevó, en alguna ocasión, a hacer, en colaboración con José Manuel Pabón, una traducción de Schiller. En su carta veinticuatro sobre la educación, Schiller asegura que el hombre pasa por tres estados frente a la Naturaleza: el estado físico, que es aquél en que la Naturaleza le domina y subyuga. Entonces se asusta del trueno. El

estado estético, que le libra de este poder, distanciándose y observándolo. Entonces canta y describe el trueno. Y el estado moral, en el cual domina a la Naturaleza, la explica, conoce sus leyes y trasciende sus sentidos. Entonces oye en el trueno la voz de Dios.

Hemos recibido a un lingüista que nos llega en pleno y arrobado estado estético: sentado al margen de la inmensa colmena del idioma, oyendo su zumbido de aldea y camino, libro y canción. De esa colmena empieza a destilar la miel de una gramática viva y segura, que es como la moral de nuestra lengua. ¡Bienvenida a nuestra casa la humildad trabajadora, contemplativa y ética, de Salvador Fernández Ramírez!

